cisco de Sales para hacer que volviesen á entrar al seno de la Iglesia católica setenta mil herejes; un Vicente de Paul para hacer prodigios de celo y de caridad, que asombrarán hasta al fin de los siglos, y un Francisco Javier para conquistar veinte reinos á Jesucristo. No es, pues, esencial á la Iglesia tener muchos sacerdotes; pero sí importa sobremanera no tener sino ministros santos.

¿Tendré yo, oh Dios mio, la dicha de ser algun dia un sacerdote segun vuestro corazon? Yo lo espero y lo deseo con toda mi alma. Vivamente reconocido porque la Iglesia quiere honrarme con su eleccion y su confianza, procuraré ser su alegría y su corona; muy lejos de contristarla con una vida opuesta á la santidad de mi vocacion, me esforzaré por ser su gloria y ornamento por mis virtudes. Estas son, Señor, las resoluciones que tomo en vuestra divina presencia; concededme la gracia de que sea constantemente fiel á ellas. *Suscitabo mihi sacerdotem fidelem, qui juxta cor meum, et animam meam faciet.* [9] *Nemo adolescentiam tuam contemnat, sed exemplum esto fidelium.* [10]

1 Inspice, et fac secundúm exemplar. Exod. XXV, 40.
2 Forma facti gregis ex animo. I. Petr. V, 3.
3 Hic positus est in ruinam, et in resurrectionem multorum Luc. II, 34.
4 Non potest civitas abscondi supra montem posita. Matth. V, 14.
5 Ab omni spcie mala abstinete vos. II. Ep. Thess. V, 24.
6 Nemini dantes ullam offensionem, ut non vituperetur ministerium nostrum. II. Cor. VI, 3.
7 Tit. II, 7 et 8.
8 II. Cor. II. 15.
9 I. Reg. II, 35.
10. I. Tim. IV, 12.

004531

XII.

MEDITACION

SOBRE LA TONSURA CLERICAL.

Adoremos á Jesucristo, que por un insigne favor se ha dignado escogernos para ser la porcion mas querida de su rebaño. Al separarnos del mundo ha querido ligarnos á su servicio de la manera mas íntima é inviolable; pero mientras mas predileccion y bondad nos muestra, mayor derecho tiene para esperar de nosotros celo y consagracion. [1] Démosle gracias por este señalado beneficio, y prometámosle amor y fidelidad. Consideremos en la meditacion de hoy: primero, cuál es el precio y escelencia de la tonsura; segundo, cuáles son las disposiciones que exige.

1. Para formarnos una idea de la escelencia de la tonsura, recordemos que por esta augusta ceremonia, somos sacados de la ignominia del siglo para ser colocados el resto de nuestros dias en el santuario del Señor; dón inestimable, favor enteramente gratuito, que nunca sabremos apreciar

cisco de Sales para hacer que volviesen á entrar

con esceso. No es poca cosa para vosotros, decia Moisés á los hijos de Leví, que el Señor os haya separado del pueblo, para contraer con vosotros una alianza particular, en virtud de la cual estais especialmente consagrados á su culto.[2] No es para vosotros, un pequeño beneficio, se puede decir á los tonsurados, que el Señor se haya dignado desprenderos de los embarazos del siglo, introduciros en su santuario, y ligaros para siempre al servicio de sus altares: eleccion honrosa, que no os distingue del resto de los fieles sino para haceros la porcion mas querida de su herencia.[3] Eleccion gloriosa, que colocándoos en el rango de los ministros del Altísimo, os impone la obligacion de llevar una vida santa é irreprensible.[4] Por la tonsura, el levita deja la ignominia del vestido seglar para revestirse de la ropa de inocencia, símbolo de la vida santa á que se consagra. Por la tonsura viene á ser rey de los pueblos y sacrificador futuro del cuerpo y sangre de Jesucristo, dos augustas cualidades marcadas por la corona real y sacerdotal, á un tiempo, que se le imprime en la cabeza.[5] Por la tonsura toma al Señor por su herencia. ¡Qué bella es la porcion de su herencia! ¿Puede desear cosa mas grande, mas rica, mas consoladora ni mas feliz? Cuántos motivos tiene para esclamar con el Profeta: *Benedicam, Dominum, qui tribuit mihi intellectum, etenim hæreditas mea præclara est mihi!*[6]

2. Consideremos que, en aquellos que se preparan para la tonsura, se requieren disposiciones proporcionadas á la santidad del estado á que aspiran. La primera que exige la Iglesia, es renun-

ciar sinceramente al mundo y sus vanidades, para consagrarse totalmente al culto del Señor y al servicio de su Iglesia.[7] La segunda disposicion es una grande pureza de costumbres y un perfecto desprendimiento del pecado. El santuario, dice S. Bernardo, no debe estar abierto sino para hombres bien afirmados en la práctica del bien y consumados en la práctica de las virtudes: *In clero autem, viros probatos deligi oportet, non probandos;* porque seria profanar el estado mas santo y manchar la casa del Señor, introducirse en ella despues de una larga cadena de debilidades y estravíos. El Señor desdeña los restos impuros de una vida usada en el servicio del mundo. Desecha lejos de su santuario las sobras del siglo. Seria, en efecto, insultar la majestad de un Dios tres veces santo, venir á mezclarse con el coro de los ángeles despues de haberse cansado en los senderos impuros del vicio. La tercera disposicion es desear ardientemente el santo hábito con que la Iglesia quiere revestirnos. Este hábito es el símbolo de las mas escelentes virtudes, el custodio fiel de las que hemos adquirido ya, y el medio seguro de adquirir otras. Cuando lo hubiéremos recibido de manos del Pontífice, debemos respetarlo, amarlo y llevarlo con alegría. Felices nosotros si sabemos honrarlo siempre por nuestros méritos y nuestras virtudes! La cuarta disposicion es morir enteramente al mundo. En el momento en que nos corten los cabellos debemos decir de corazon: *funes ecciderunt mihi in præclaris*;[8] mis cadenas caen en fin, se rompen por fin mis ligaduras: mundo engañador, yo te abandono, te dejo para siempre, te digo

cisco de Sales para hacer que volviesen á entrar

un adios eterno, y lo hago saltando de alegría: entro lleno de gozo en el santuario de mi Dios, cuyas sagradas barreras se abren hoy para mí: yo encontraré allí la paz del alma, las dulzuras celestiales, los consuelos de la gracia: allí encontraré á mi Dios, allí gustaré las delicias enteramente espirituales que reserva á sus fieles servidores.

Penetrado de estos consoladores pensamientos, tomo la resolucion: primero, de formarme con tiempo una alta idea de la tonsura clerical; segundo, de disponerme á ella desprendiéndome desde hoy del mundo, del pecado y de todo lo que pudiera hacer mi sacrificio menos perfecto. [9] *Notas mihi fecisti vias vitæ; adimplebis me letitia cum vultu tuo, delectationes in dextera tua usque in finem.*

1 Quos elegerit appropinquabunt es. Num. XVI. 5.
2 Num purúm vobis est, quod separabit vos ab omni populo, et juxit sibi, ut serviretis in cultu tabernaculi, et ministraretis es? Num. XVI, 9.
3 Dominus elegit te hodie, ut sis ei populus peculiaris. Deuter. XXVI, 18.
4 Ut sis populus Sanctus Domini Dei tui; sicut locutus est. Ibidem. 19.
5 Decus regale; ecclesiasticum diadema. Sinod. Paris. 1514.
6 Ps. XV, 7-6.
7 Expoliantes veterem hominem et induentes novum, ut fidelem Deo cultum exhibeant. Col. III, 9-10.
8 Ps. XV, 6.
9 Ps. XV. 11.

XIII.

MEDITACION

DE LAS VIRTUDES QUE LA IGLESIA EXIGE DEL TONSURADO.

Adoremos á Jesucristo, que quiere que las virtudes de todos los ministros de su santuario brillen á los ojos de los hombres. [1] Al dar el primer paso en la gerarquía eclesiástica, el jóven clérigo debe sentir toda la estension de sus deberes. No le basta ya ser un cristiano perfecto, es preciso que tambien sea un levita ejemplar. Penetrémonos bien de esta verdad en la meditacion de hoy. Consideremos que un jóven al recibir la tonsura debe: primero, morir al mundo; segundo, no vivir sino para Jesucristo.

1. Todas las ceremonias de la tonsura recuerdan al levita, que con ella es honrado, la necesidad de morir al mundo. Desde luego la Iglesia lo despoja de la profanidad del siglo, obligándolo á desechar lejos de sí esos vestidos seglares que no sirven sino para alimentar su vanidad, y recibir la santa sotana, que es un vestido de penitencia y de duelo.

Cubriéndolo con la librea de Jesucristo, la Iglesia le dice: Despojaos del hombre viejo; dejad al mundo; renunciad sus máximas y usos; desde hoy ya no le perteneceis. No basta al tonsurado dejar el comercio del mundo y mantenerse lejos de sus compañías peligrosas, es necesario que tambien desprenda de él su corazon. De nada le servirá tener el hábito eclesiástico y vivir en un seminario, si conserva todavía el afecto á los bienes, los honores y placeres del mundo. El amor de las cosas de la tierra no puede conciliarse con el amor á Jesucristo. [2] Por tanto, el jóven que recibe la tonsura, y que no muere enteramente al mundo, no sacrifica al Señor sino la mitad de la víctima; como si dijera al Señor interiormente: He aquí, Señor, mi cuerpo, yo os lo doy; pero yo reservo mi corazon, mis gustos y mis afectos al mundo. ¿Con qué ojos creemos que verá el Señor tan culpable disposicion? Escuchad las palabras de un gran siervo suyo; sin duda os avergonzaréis de vuestra conducta: "ninguno debe hacerse clérigo para entregarse al deleite, satisfacer sus curiosidades, contentar su ambicion ni buscar cualquiera otro bien terreno, sino solo para poseer á Dios, á quien ha escogido por herencia, y de quien ha sido escogido cuando fué incorporado al clero.... Por tanto, los que, por el oficio del clericato buscan otra cosa que no sea Dios, ni son escogidos por Dios, ni ellos han escogido á Dios, supuesto que le anteponen ó equiparan una creatura." [3]

2. Consideremos que el segundo deber de un clérigo tonsurado, es no vivir sino para Jesucristo. El hábito eclesiástico no puede honrar á un levita

que no está revestido del hombre nuevo, es decir, de Jesucristo, que es la verdad, la justicia y la santidad por escelencia: *Et induite novum hominem qui creatus est in justitia et sanctitate veritatis.* [4] Estar revestido de Jesucristo es estar animado de su espíritu, es seguir sus divinas inspiraciones, tomarlo por modelo, caminar sobre sus huellas, seguir sus ejemplos; es tambien despojarse de su propio espíritu, dejar sus malos hábitos, combatir sus inclinaciones viciosas; es, en fin, dejar todo lo que pertenece al hombre viejo, cambiar de corazon, de inclinacion, de pensamientos y de sentimientos, de manera, que pueda decirse con verdad de un aspirante á los sagrados órdenes, que desde su primer paso en el santuario no es ya el mismo; que es un hombre enteramente nuevo. [5] Los padres del Concilio de Trento no quieren que se admita á la tonsura al que no está todavía desengañado de las ilusiones del siglo, y que no está decidido á consagrarse por siempre al servicio del Señor. [6] Examinad cuáles son las disposiciones de vuestro corazon: ¿podeis decir que sois sinceramente de Dios? ¿Teneis mas gusto á la oracion? ¿Mostrais mas atractivo á la santa comunion? ¿Sentís mas placer en hallaros al pié de los altares? ¿No os separais de ellos sino con pesar? ¿Se os ve mas celosos, mas diligentes en adquirir las virtudes de vuestro estado? Si son estos vuestros sentimientos, consolaos; sois dignos de tomar lugar entre los ministros del santuario, sois dignos de recibir las bendiciones que el Señor reserva á los levitas fieles. [7]

Para no perder el fruto de estas piadosas re-

flexiones, tomad la resolucion: primero, de recordar que la ceremonia de la tonsura os separa del mundo para siempre: segundo, que habiendo escogido á Dios por vuestra herencia, seria hacerle el mas sensible ultraje conservar el menor afecto al siglo.[8] *Cui portio Dei est, nihil curare debet præter Deum ne alterius impediatur munere.*[9] *Qui Deum hæreditate possident absque ullo impedimento sæculi Deo servire studeant, et pauperes spiritu esse contendant, ut congrue illud spalmitæ dicere possint: Dominus pars hæreditatis meæ.*

1 Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona. Matth. V, 16.

2 Nescitis quia amicitia hujus mundi inimica est Dei? Quicumque ergo voluerit amicus esse sæculi hujus, inimicus Dei constituitur. Jacob. IV, 4.

3 Nemo debet ad hoc fieri clericus, ut serviat voluptati, studeat curiositate, inhiet ambitioni, nec aliud querat, nisi ut Deum hæreditate possideat quem elegit, et á quo electus est quando in clericum assumptus est..... undé qui per clericatûs officium aliud quærit quam Deum, nec á Deo electus est nec Deum elegit qui in sorte sua creaturam creatori aut præposuit, aut æquiparavit. Ivo. carnot. serm. de excellent. sacr. ord.

4 Eph. IV, 24.

5 Si qua in Christo nova creatura, vetera transierunt; ecce facta sunt omnia nova. II. Cor. V, 17.

6 Prima tonsura non initientur..... de quibus probabilis conjectura non sit, eos, non sæcularis judicii fuguiendi fraude, sed ut Deo fidelem cultum præstent, hoc vitæ genus elegisse. Sess. 23, de reform. c. 4.

7 Hi accipient benedictionem á Domino. Pontif. Rom.

8 S. Aug. de fuga sæcul. cap. 2.

9 S. Isidor. Hispal. l. 2, de offi. c. 1.

XIV.

MEDITACION

SOBRE EL HABITO CLERICAL.

Adoremos á Jesucristo, que se dignó revestirse de nuestra carne y de nuestros hábitos, para rendir á su Padre perfectos homenajes, para sufrir y satisfacer su justicia.[1] Demos gracias á este Dios Salvador, por el honor que ha hecho á nuestros cuerpos y á nuestros vestidos, y pidámosle que nos infunda el mayor respeto al santo hábito que la Iglesia ha tenido á bien dar á sus ministros. Consideremos que un clérigo debe: primero, estar lleno de respeto al santo hábito que ha recibido de manos del Pontífice; segundo, mirar como un deber el llevarlo constantemente.

1. Para concebir el respeto que merece el hábito clerical con que la Iglesia reviste al tonsurado desde su entrada en el santuario, basta recordar las denominaciones honrosas que le dan los santos; unos lo llaman, *habitus religionis, habitus sancti nominis:* otros, *habitus religiosus, sacra vestis;* ca-

flexiones, tomad la resolucion: primero, de recor-

lificaciones augustas y respetables, que nos enseñan con qué sentimientos debemos recibirlo y qué aprecio debemos hacer de él. Un eclesiástico que tiene el espíritu de su estado, se complace en estar revestido de él; lo mira con una especie de veneracion; lo besa respetuosamente todas las mañanas al tomarlo. Sabe que ésta es la librea santa que lo honra á los ojos de los fieles, y le gana la confianza; pero tambien tiene cuidado de no profanar su santidad con adornos vanos y superfluos, sino que conserva toda su sencillez. Se esfuerza en sostener su dignidad con una vida prudente, modesta y edificante: está convencido de que de nada le serviria llevar un hábito santo, si no procura adquirir las virtudes que exige: *Ut sicut immutantur in vestibus, ita dextera manus ejus virtutis tribuat eis incrementa.* [2] Considerad qué aprecio teneis por el hábito clerical; qué respeto, qué amor teneis á la sotana, que á los ojos de la religion es vuestro mas bello ornamento. ¿Teneis de ella la misma idea que han tenido los sacerdotes mas recomendables por su piedad y sus virtudes? ¿La mirais con los mismos ojos con que la miraba aquel grande arcediano, que decia: "La sotana es el grande hábito de la religion del clero, la gloria y el honor del sacerdocio, el diseño de la nueva creatura que Dios comienza á formar en aquellos que lo han tomado por su herencia, y la señal visible del divorcio perfecto que han hecho con el mundo?" Rogad al Señor que os inspire los mismos sentimientos. [3] [4]

2. Consideremos que no basta respetar el hábito eclesiástico; es necesario tambien llevarlo. Aunque el hábito no da á los sacerdotes las virtudes

de su estado, no obstante, dicen los Padres del Concilio de Trento, deben estar vestidos de una manera conveniente á su condicion, para que por su compostura esterior hagan brillar por de fuera las virtudes con que sus almas están adornadas: *Etsi habitus non faciat monachum, oportet tamen clericos vestes propio congruentes ordini, semper deferre, ut per decentiam habitus extrinseci, morum honestatem intrinsecam ostendant.* [5] Notad esta palabra, *oportet:* es necesario, es un deber, y un deber esencial para todos los clérigos de cualquier órden que sean, jóvenes ó ancianos, constituidos en dignidad ó nó, estén en la ciudad ó en el campo, la obligacion es general y no esceptúa persona alguna, ningun lugar, ningun tiempo: *oportet..... semper deferre,* conviene siempre llevarlo. San Cárlos impone la misma obligacion en su cuarto concilio de Milan: *Habitu talari tum domi, tum foris utantur.* Un religioso ama su hábito y jamas lo deja; un militar se presenta siempre revestido con el suyo, y lo tiene á honra. No se ve sino en el clero, que ministros relajados y mundanos miren su hábito como una carga de que se libran lo mas frecuentemente que pueden; una visita, un viaje, una indisposicion ligera, el mas débil pretesto, es para ellos una razon suficiente para tomar de nuevo la librea del siglo, aunque la hayan solemnemente renunciado á la faz de los santos altares. Si debemos deplorar una conducta tan poco eclesiástica, elogiemos la de aquellos piadosos levitas que han tomado la generosa determinacion de no presentarse jamas en parte alguna sino con el hábito de su estado. La sotana les servirá de escudo

flexiones, tomad la resolucion: primero, de recor-

en el combate, de ángel de guarda en las ocasiones peligrosas; ella les recordará la modestia, la moderacion y la decencia en todos sus pasos; ella los rodeará de respeto por parte de aquellos á quienes tuvieren que tratar.

Para conseguir estas grandes ventajas, tomemos la resolucion de recordar: primero, que la sotana es un hábito santo que debemos venerar, amar y llevar constantemente; segundo, al tomarla por la mañana, pensemos en revestirnos de Jesucristo, que es el primer ornamento de los sacerdotes, como dice San Gregorio: *Magna sacerdotum tunica.* [6] *Qui habitum religionis in eis in perpetuum conservet.... quibus in tuo sancto nomine habitum sacræ religionis imponimus.* [7] *Et si eloquium quiescat, ipse habitus sonat: grande pallii beneficium est, sub cujus recogitatu improbi mores vel erubescunt.*

1 Holocautomata non tibi placuerunt.... tunc dixi ecce venio. Heb. X, 6-7.
2 Pontif. Rom.
3 Expoliavi me tunica mea; quomodo induar illa? Lavi pedes meos; quomodo inquinabo illos? Cant. V, 3.
4 Clericus professionem suam, et in habitu et incessu probet et nec vestibus, nec calceamentis decorem quærat. IV Conc. Cartag. Cant. 45.
5 Sess. 14 de ref. c. 6.
6 Pont. Rom. in ord. clerc.
7 Tert. de Pal. c. últ.

XV.

MEDITACION

SOBRE LA CORONA CLERICAL.

Adoremos á Jesucristo, que por un efecto de su bondad, ha querido ser coronado de espinas, para ceñirnos en el cielo una corona de gloria inmortal. [1] Démosle mil gracias por este insigne beneficio; pero al mismo tiempo, para asegurarnos la recompensa que él nos promete, marchemos con él por el camino de los sufrimientos y humillaciones; mostremos, al recibir sobre nuestras cabezas la corona clerical, que tenemos á honra ser discípulos de un Dios crucificado. Consideremos que la Iglesia, al abrirnos las puertas del santuario, nos impone la obligacion: primero, de apreciar la corona clerical; segundo, de llevarla con fidelidad.

1. Si queremos conocer el precio de la corona, que es una ceremonia de la tonsura, recordemos las nobles ideas que inspira. Primeramente, nos hace recordar el glorioso triunfo que hemos adquirido sobre el mundo, hollando bajo nuestros

los mismos sentimientos, examinemos un instante

piés sus bienes y sus placeres. Despreciando sus honores, renunciando sus encantos falaces, hemos alcanzado de él una gloriosa victoria, y por precio de nuestro valor, la Iglesia coloca sobre nuestras cabezas una corona para recordar nuestro triunfo. La corona clerical nos enseña tambien, que la clericatura es una especie de reinado sobre la tierra, pues que el levita y el sacerdote despues de haberse elevado sobre las pretensiones orgullosas del siglo, reina sobre él como soberano. [2] En segundo lugar, la corona nos hace recordar que un eclesiástico debe tener una alma bastante grande y fuerte para destruir en sí todos los vicios que la tiranizan, á fin de que una vez victorioso de sus pasiones, y libre de todo afecto á las superfluidades mundanas, pueda elevarse rápidamente hácia su Dios, escuchar sus divinas inspiraciones y seguir con prontitud los movimientos de la gracia. [3] En tercer lugar, la corona nos recuerda que un clérigo, viendo caer bajo el corte de tijeras la superfluidad de sus cabellos, debe renunciar para siempre las solicitudes del siglo, porque los cuidados temporales alejan de Dios, y ponen obstáculo á la contemplacion de las cosas del cielo. [4] Examinemos ahora con qué ojos hemos mirado la corona clerical, tan gloriosa á los sacerdotes del Señor. ¿Hemos considerado los misterios que representa, y las señales de virtud que nos da? ¡Ah! tal vez hasta ahora nunca hemos pensado en esto: humillémonos delante de Dios, y no olvidemos en lo sucesivo todo lo que ella nos representa instructivo y capaz de movernos. [5]

2. Consideremos que si la corona, con que la

Iglesia tiene á bien adornar nuestras cabezas, es tan bella y tan gloriosa á los ojos de la fé, debemos imponernos la obligacion de llevarla constantemente. Los reyes de la tierra no solo miran como un deber, sino como una honra llevar la corona de su imperio. Un clérigo, desde su entrada al santuario, participa del reino sacerdotal: *Vos genus electum, regale sacerdotium.* [6] ¿Por qué se ha de avergonzar de llevar sobre la cabeza la señal distintiva de esta soberanía espiritual? Un conquistador recibe con agradecimiento, de manos de su príncipe, la corona de laureles que ha merecido por sus gloriosos hechos: un clérigo, consagrándose al Señor, triunfa del mundo y de sí mismo: Dios quiere recompensar su heroismo, coloca sobre su cabeza una especie de diadema: *Veni, coronaberis.* [7] Y este levita indigno la desecha y la desprecia; ¡qué injuria, qué ultraje á la Majestad divina! Jesucristo se presenta á él coronado de espinas; quiere asociarlo á su cruz y á sus sufrimientos, y este cobarde ministro retrocede de espanto; quisiera ser coronado de flores: ¡pero ha olvidado que, para triunfar con los escogidos en el cielo, es necesario tomar parte en la tierra en los combates y en las ignominias del Salvador? [8] Llevemos con placer la corona eclesiástica, y si exige de nosotros algunos sacrificios, hagámoslos con alegría; tengámonos por felices de tener ese rasgo de semejanza con nuestro divino Maestro; gloriémonos con el Apóstol de estar crucificados al mundo y á nosotros mismos. [9]

Tomemos la resolucion: primero, de llevar constantemente la corona clerical, segun el órden que

los mismos sentimientos, examinemos un instante

háyamos recibido, y de renovarla cada ocho dias como lo mandan los sagrados cánones; segundo, recordar al renovarla, que habiendo hollado bajo nuestros piés, al mundo y sus falsos placeres, no debemos presentarnos ya en él sino con pesar, y solamente para combatir sus peligrosas máximas.[10] *Clerici ac sacerdotes singulis hebdomadibus tondeantur, ita ut corona recenter abrasa omnia capita ecclesiasticorum exornentur.*[11] *Tonsura sit conspicua, non ea quidem in omnibus clericis una sed major sacerdotis digitis tribus unde quaque á vertice pateat, duobus diaconalis, semidigito subdiaconalis angustior, minorum ordinem omnium minima, et digito undique sit deducta.*

1 Domine, in scuto bona voluntatis tuæ coronasti nos. Psal. V, 13.

2 Ut significetur regale esse Christi sacerdotium cujus gubernatione tali corona redimitos esse oporteat. Isid. l. 2.

3 Ut significetur ecclesiasticum animum, qui est in homine sicut vertex in capite esse mundatum á vitiis debere, spoliatum affectu superfluitatis, ac demun apertum, et expeditum ad divinas inspirationes facile percipiendas. Isid. l. 2.

4 Pilos mea parte capitis incidimus, in qua novam sapientiam id est Christum inesse cognoscimus, per hoc signantes malam terrenarum rerum sollicitudinem nostræ mentis oculos ad Deum contemplandum impedire. San Aug. Serm. de contemp. mundi, c. 3.

5 Sicut similitudinem coronæ tuæ gestare facimus in capitibus, sic tua virtute hæreditatem subsequi mereantur æternam in cordibus. Pont. Rom. orat in ord. oler.

6 I. Pet. II, 9.

7 Cant. IV, 8.

8 Non coronatur, nisi legitime certaverit. II. Tim. II, 5.

9 Mihi absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu-Christi per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo. Galat. VI, 14.

10 Anicetus. ep. ad Gall. c. 4.

11 Conc. Tolos. anno 1590, p. 1, c. 4, de clericis.

XVI.

MEDITACION

DEL MERITO DEL OSTIARADO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo, que deseando honrar el órden del ostiario, tuvo á bien desempeñar él mismo este oficio. Ve con dolor que se profana su templo por un indigno tráfico; para conservar su honra y santidad arroja de él á todos los traficantes: *Et intravit Jesus in templum Dei, et ejiciebat omnes vendentes et ementes in templo.*[1] Si queremos concebir la escelencia de este órden, consideremos: primero, la eminencia de sus funciones; segundo, el aprecio que de él han hecho los santos.

1. Los eclesiásticos que no miran los deberes del portero sino con ojos de carne, no encuentran en él cosa que satisfaga su orgullo y su vanidad; por el contrario, los que lo miran con los ojos de la fé, nada encuentran que no sea grande y digno de su respeto. Si queremos estar penetrados de los mismos sentimientos, examinemos un instante